

EL ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS Y SU SITUACIÓN DENTRO DEL ÁMBITO ACTUAL DE LA LENGUA¹

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

Quiero que mis primeras palabras en este “II Congreso de la Academia Norteamericana de la Lengua Española” sean de felicitación para la corporación norteamericana, que con tanto acierto ha querido celebrar este encuentro, en la ocasión de su aniversario número 45, para abrir el nutrido debate sobre el español en este país de acogida y desarrollo de tantos y tantos hispanohablantes, en especial de la América de habla española. Mi aplauso continuado a los organizadores del evento, a la cabeza del equipo D. Luis Alberto Ambroggio, y al director de la delegación de la academia en Washington, DC., mi querido amigo D. Gerardo Piña-Rosales, a quien envió desde aquí un saludo de afecto y solidaridad en momentos familiares tan tristes y al que dedico esta conferencia; así como al resto de la junta directiva, muy especialmente, al comprometido secretario, mi fraterno colega D. Jorge Covarrubias y a sus compañeros directivos D. Daniel R. Fernández (coordinador de información), D. Emilio Bernal Labrada (tesorero), D. Carlos E. Paldao (censor), D. Eduardo Lolo (bibliotecario) y D. Eugenio Chang-Rodríguez (director del boletín). Además, quiero dejar grabado en mis palabras el recuerdo para aquel director memorable que fuera D. Odón Betanzos Palacios, el autor

¹ Conferencia magistral del Secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española, (ASALE) pronunciada en el Segundo Congreso de la Academia Norteamericana de la Lengua Española; Washington, 5 de octubre de 2018. <http://www.asale.org/academicos/francisco-javier-perez>

de *Sonetos de la muerte*, a quien quise intensamente durante el breve tiempo en que lo conocí.

La cuasi media centuria de vida de la ANLE ha estado caracterizada por el empuje de un conjunto de entusiastas numerarios que creyeron en el sueño de sembrar una academia en la que se pensaba era tierra hostil para nuestra lengua. Pronto se convencieron de que no había tal hostilidad y que, al contrario, se abría ante sus ojos asombrados un campo de fertilidades para el español. Así, con la convicción de hacerlo florecer trabajaron durante décadas. Hoy contamos con una corporación consagrada al fomento de actividades por la lengua y a la realización de proyectos para su estudio e investigación. Entre otros asuntos, destacan las publicaciones, verdadera plataforma desde la que se ha ido consolidando la política comunicacional y de creación de la institución.

La Asociación de Academias de la Lengua Española, cuya Secretaría General yo represento, quiere felicitar a la Academia Norteamericana en esta celebración tan importante y dar apoyo a la gestión que hoy hace para el estudio, descripción, divulgación y fortalecimiento de la lengua española en este país tan promisorio para su crecimiento y expansión.

Tema

He escogido para desarrollar en esta conferencia de apertura el que considero tema capital dentro del campo de reflexión del español en la actualidad: “El español en los Estados Unidos y su situación dentro del ámbito actual de la lengua”.

Reflexionar sobre el momento que vive hoy la lengua española reviste una gran significación. Lengua de cultura como la que más, exhibe una literatura con noble pasado y con un presente muy potente. Lengua que aglutina culturas, su historia ha sido una en la que ella ha fundido y se ha fundido con numerosas y muy distintas lenguas gracias a la impronta de nutricos intercambios. Lengua de conocimiento, la tradición filosófica y científica en lengua española ofrece frutos inobjtables de gran trascendencia. Lengua de comunicación, importantes contingentes humanos en el mundo la tienen como lengua madre. Lengua de aprendizaje, se la estudia como segunda lengua en

numerosos países y en proporciones también numerosas. Lengua de expansión, inmensas extensiones del planeta son identificadas como parte activa de ella y otras como enclaves en progreso. Lengua de tecnología, poco a poco el español va abriéndose camino en zonas cada vez más importantes en la generación de estas materias. Lengua de economía, con resultados muy estimables el español ya se incluye entre las lenguas del mundo que son factores de crecimiento y fortalecimiento de la actividad económica. En cada uno de estos campos, la lengua española tiene rol determinante por muchos de sus logros, siendo señalada como esperanza de retos que se alcanzarán a mediano plazo. Me gustaría, entonces, referirme primero, antes de considerar la situación estadounidense, a los logros y a los retos generales que hoy tiene nuestra lengua y a la feliz circunstancia de este presente lingüístico nuestro que nos empieza a demandar algunas acciones concretas en este momento y muchas más sostenidas en el tiempo.

Somos poseedores de un conjunto de cifras que son invocadas permanentemente para llenarnos de orgullo. Mientras se lleva a cabo esta conferencia, 570.000.000 de personas están hablando español. Lo hacen en cuatro continentes, de los cinco que tiene el planeta y lo hacen en veintitrés países en donde el español es lengua oficial o cooficial, o donde lo llegará a ser. El español es la segunda lengua del mundo, por detrás del chino mandarín y por delante del inglés, en consideración al número de personas que la tienen por lengua madre y, también, la segunda en mayor número de hablantes (resultado de la suma entre los que tienen dominio nativo del español, los que tienen competencia limitada y los que la estudian), constituyendo un verdadero activo económico y un poderoso factor de cultura y progreso. Asimismo, la tercera más utilizada en la Red, la segunda en el uso de Facebook y Twitter y, aunque no se trata de una red social, ocupa la novena posición en función al número de artículos disponibles en español en la Wikipedia; datos estos de especial relevancia en relación con nuestro actual mundo globalizado. En cuanto a la producción de películas, España ocupa el lugar número nueve, junto a los mayores productores cinematográficos del mundo. También, el español es la segunda lengua, en debate con el chino mandarín y el francés, entre los idiomas del mundo más estudiados como segunda lengua, compitiendo en ello con el alemán el tercer lugar dentro de la Unión Europea. Otras estadísticas vienen a sumarse a la evidencia sobre la importancia del español en el presente: España y Argentina se encuentran

entre los quince principales países productores de libros en el mundo y es el español la tercera lengua a la que más se traducen libros, por debajo del alemán y del francés. En los Estados Unidos, país que está en la cúspide en el uso de la lengua inglesa, hablan español hoy en día 57.500.000 de personas, en cifras redondas. Las proyecciones sociolingüísticas para mediados de este siglo señalan que este país será el segundo donde más personas hablen español en el mundo y, además, será bilingüe inglés-español, no en razón de resoluciones políticas, sino por la potencia del español en las calles del gigante del norte. Esto ha sido constatado por la Oficina del Censo en los Estados Unidos, que señala que para el año 2060, se estima en unos 119 millones el número de hablantes de español, casi un 30 % de la población de los Estados Unidos, es decir, una de cada tres personas residentes hablarán español.²

Tanto en lo numérico como en lo cualitativo, consenso suscrito por los principales analistas de esta materia, la expansión colosal del español hoy se debe a la pujante actividad humana que Hispanoamérica imprime sobre esta situación mundial. Ya en 1967, Ángel Rosenblat, en su fundamental ensayo “El futuro de nuestra lengua”, lo dejaba claramente formulado: “Ese interés se debe sobre todo a la importancia cada vez mayor de Hispanoamérica, con su potencial demográfico (es una de las zonas de mayor crecimiento del mundo: se calcula que tendrá 480 millones dentro de cincuenta años) y su riqueza, gran abastecedora de materias primas y consumidora de productos elaborados, un mundo además en imprevisible transformación económica y social”.³

Otra consideración, quizá de las más capitales, estima que el español haya alcanzado semejante rango dentro de las lenguas del mundo respaldando el principio binomial de unidad y diversidad, entendido siempre como fortaleza y nunca como desgaste de la lengua misma. Dicho con otras palabras, el español ha sido una lengua que ha

² Todas estas cifras y datos han sido tomados del resumen de investigaciones estadísticas del Instituto Cervantes: “El español: una lengua viva. Informe 2017”. *El español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes. 2017*. Madrid: Instituto Cervantes, Boletín Oficial del Estado, 2017, pp. 15-79.

³ Ángel Rosenblat. “El futuro de nuestra lengua” [1967]. *Estudios sobre el español de Hispanoamérica*. Biblioteca Ángel Rosenblat, tomo III, Caracas: Monte Ávila editores, 1990, p. 411.

crecido gracias a la idea y práctica de la aceptación de las diferencias y jamás porque haya impuesto rígidos esquemas de funcionamiento. La enormidad de su geografía y la variedad humana, social, espiritual y de pensamiento que ella comportaba hizo que se afanzara progresivamente y creyera, cada vez más, que las diferencias significaban enriquecimiento y no fractura con modelos hegemónicos o canónicos de naturaleza legítima o espuria. Así, los avances de la investigación dialectal y lexicográfica han venido a demostrar la profusa fragmentación que cada comunidad hispanohablante tiene a lo interno y la notable unidad que manifiesta a lo externo. Si pensamos en el mapa dialectal de cualquier país hispanohablante nos encontraremos con una alta regionalización que supone, aplicando una sencilla ecuación, la presencia de una dialectalización también alta. Prácticamente, estos procesos en español vienen a significar la determinación de áreas dialectales bien distinguidas. Esto que entendemos complejo panorama, y ciertamente lo es, ocurre con características propias en cada uno de los países hispanohablantes en donde el español convive con otras lenguas y genera una diversidad dialectal de gran impacto y diferenciación. En una suerte de sistema compuesto por subsistemas que no terminan de gestarse, cada uno de los espacios de la lengua se caracteriza por el seguimiento de una norma general y de su propio conjunto de normas particulares que la enriquecen en lo fonológico, semántico y léxico, y la fortalecen en lo morfológico y sintáctico. El español es, pues, una lengua que ha alcanzado altísimas cotas de diversidad léxica manteniendo la organicidad de su gramática.

A comprender el alcance de esta diversidad apuntaron buena parte de los estudios sobre la lengua desde el siglo XIX y hasta nuestros días. El primer autor en el tiempo y el primero en significación en sostener y demostrar dichos planteamientos fue el venezolano Andrés Bello cuando, residiendo en Santiago de Chile, publica la gramática más perfecta y original que jamás se haya concebido desde los tiempos de Nebrija. La llamará *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos* y transformará la imagen de nuestra lengua a partir de 1847, año de su aparición. El empeño de Bello quería ser, no solo reivindicativo de las diferencias, sino favorable a la unidad de la lengua. Admirador de los aportes descriptivos de las grandes producciones de la Real Academia Española, de la que sería miembro correspondiente y honorario, Bello va a pretender que ante cualquier amenaza de disgregación lingüística se preserve la poderosa

unidad que la lengua exhibe. El equívoco subtítulo de su obra, ese “destinada al uso de los americanos”, quería ser, más que una bandera de triunfo en la batalla americana de la lengua, una intención para que los americanos entendieran los rasgos lingüísticos compartidos entre España y América en favor de la unidad de la lengua y la consecuente invitación a estudiar nuevamente la gramática en cuanto texto ideado para preservar su uniformidad.

Más recientemente y en otra línea de estudio, el *Atlas de la lengua española en el mundo*, de Francisco Moreno Fernández y Jaime Otero Roth,⁴ nos recuerda que el español es y mucho una lengua plural, diversa, masiva, cúspide y territorial. Esta obra pautas las esferas en donde nuestra lengua se hace mundo y planeta. Los ambientes en donde la lengua traza su densidad se señalan en cinco entidades que la constituyen: el español y las lenguas del mundo (las marcas de su internacionalización), la geografía del mundo hispánico (la descripción de los latidos del habla), el español fuera del mundo hispánico (la peregrinación extraterritorial del lenguaje), la geografía de la enseñanza del español (la irradiación incesante del hispanismo y el español como lengua extranjera) y, finalmente, la geoeconomía del español (la demografía de la lengua y su rol en la sociedad del conocimiento).

Interesa, ahora, preguntarnos por el papel que juega el español en los Estados Unidos y por la significación que tiene en el concierto de la lengua global. Asimismo, reflexionar sobre las tareas que debe acometer la Academia Norteamericana de la Lengua Española en apoyo a una realidad de crecimiento lingüístico tan poderosa.

Rema

Si nos fijamos atentamente, Humberto López Morales, mi antecesor como secretario general de la Asociación de Academias y miembro correspondiente de la ANLE, fue de los primeros estudiosos de la lingüística americana contemporánea en llamar la atención y en analizar el fenómeno del español en los Estados Unidos. Podría valer

⁴ Madrid: Real Instituto Elcano/ Instituto Cervantes/ Fundación Telefónica, 2008.

como evidencia, el hecho de que cierre su notable libro de síntesis *La andadura del español por el mundo*,⁵ del año 2010 (y con reimpresión en 2017), con reflexiones sobre el futuro del español. Para evidenciarlo, invoca el crecimiento de individuos hispanohablantes en Brasil y, principalmente, en los Estados Unidos. Allí dice nuestro recordado maestro: “si las proyecciones se confirman, los Estados Unidos serán, para 2050, el primer país hispanohablante del mundo” (p. 436).

Quiero, a partir de este planteamiento, construir una reflexión realista y valorativa que determine el impacto y significación que esta prospección puede tener, cuando la trasladamos a la estimación cualitativa del notable fenómeno. Entender cabalmente lo que representaría que el español quedara implantado en los Estados Unidos, en razón del número de personas que lo hablarán para mediados del siglo XXI, reporta un conjunto de lecturas necesarias para interpretar la significación de este hecho.

La primera, de carácter histórico, señalaría que la lengua española recuperará los viejos territorios en donde ella se hablaba, como cuando un río retorna a sus cauces originarios, alterados por la mano del hombre. Visto de esta forma, este hecho restaría pasión a la presencia del español en Estados Unidos en clave de intromisión o de nostalgia hispánica por los lugares fundacionales de la lengua (la misma que anima todavía el debate, no del todo zanjado en España, que discute aun su origen riojano o castellano). Según esto, Estados Unidos vendría a entenderse como un país hispánico desde la perspectiva de nuestra lengua allí domiciliada con tanta fuerza. Suerte de “presente histórico”, el español y sus hablantes estarían modernamente haciendo valer hoy con dignidad una realidad pretérita de incuestionable verdad.

Una segunda lectura, nos llevaría al terreno de la resiembra social de los hispanohablantes en Estados Unidos. La lengua no viene sola, al contrario, acompaña a las personas y se fecunda de la mano de hablantes que se instalan en este país colosal, primera potencia del mundo actual, para buscar mejores destinos que los de sus países de nacimiento. La fuerza de estos flujos migratorios afirma a la lengua y gesta sus nuevas ramificaciones en el bosque de esta nueva Hispa-

⁵ Barcelona: Editorial Taurus, 2020. Premio Ensayo “Isabel Polanco”.

noamérica que en el país de acogida se hospeda. Quiero ver solo el ángulo positivo de esta inmigración.

Una tercera lectura, evaluaría la situación de bilingüismo que crecerá en un país en donde vivirán contingentes de hispanohablantes y en el que todos, angloparlantes e hispanoparlantes, tendrán que dominar las dos lenguas en una situación de paridad que todavía no podemos imaginarnos bien del todo. Pienso que el contacto entre estas dos lenguas será para ambas muy positivo pues, más allá de las reservas puristas, hará que fluyan con más naturalidad la riqueza neológica que hoy seguimos viendo a veces como dañina en muchos casos. El español podría influir en la lengua inglesa en el enriquecimiento no solo léxico, sino en la complejización de estructuras sintácticas. A la inversa, el inglés podría propiciar ciertos modos hacia el español en clave simplificadora. En esos últimos casos, los procesos de enseñanza deberían estar más atentos para evitar daños que modificaran el carácter de cada una de las lenguas en cuestión.

Una cuarta lectura, asentada sobre la pervivencia y aumento de la presencia del español en los Estados Unidos se lograría, si se diera la circunstancia de que las presiones y las acciones de los gobiernos fueran tremendamente desfavorables hacia nuestra lengua en estos territorios; una de las cuales parece estarse desarrollando en estos momentos promovida por la actual administración. Como reacción, la lengua libraría diariamente su lucha por la subsistencia en el seno de cada una de las familias hispanohablantes, con el mismo efecto tanto en las bilingües como en las monolingües, haciendo que el ejercicio del idioma se robusteciera primero en el ámbito familiar inmediato para luego incursionar en el grupal y social. Creo, por otra parte, que esta vía hipotética no se llegará a ensayar sino en muy contadas ocasiones, pues ya la lengua española está en las calles de los Estados Unidos y lo seguirá estando mucho más en la medida en que reasumamos el orgullo por nuestra lengua, dejando atrás cualquier forma de vergüenza étnica. El tránsito desde la hostilidad hasta la amabilidad lingüísticas está ya en proceso y será difícil que algo o alguien lo revierta. Al contrario, las situaciones de interinfluencia antes aludidas entre el español y el inglés son evidencia más que clara del itinerario que ya va cumpliendo el español en los Estados Unidos.

El cuadro de felices situaciones que he esquematizado anteriormente ha sido el resultado de un largo proceso de desencuentros entre el inglés y el español y entre Estados Unidos e Hispanoamérica,

cuyos orígenes tenemos que irlos a buscar en las décadas finales del siglo XIX. Es el tiempo en que se comienzan a escuchar las voces de alerta ante la que piensan era ya una colonización anglosajona en el continente americano, traducida en la lengua. La reacción se programaría desde las cumbres más altas del pensamiento hispanoamericano, teniendo su momento más cruento de confirmación en el año 1898, cuando España pierde la guerra con los Estados Unidos y, más aún, cuando le son despojadas las últimas colonias de su otrora vasto y poderoso Imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Como si se tratara de una segunda lucha emancipadora, esta vez lingüística y cultural, las inteligencias más prodigiosas del continente se pondrían al servicio de un pensamiento de hispanofilia que fustiga la intromisión del inglés y la ajenidad cultural que él conllevaba a juicio de estos autores. Rubén Darío, como antes Bello, había identificado el gesto como una liberación.

El uruguayo José Enrique Rodó y el venezolano César Zumeta habían entendido la seña de liberación bellista y dariana como rechazo a lo foráneo angloamericano; ataque feroz en contra del imperialismo hecho no solo praxis política, sino de pragmática actitudinal para sociedades que comenzaban ya a ser adoradoras de formas ajenas y a hacer reverencias ante costumbres raras de intromisión cultural. El arielismo como doctrina buscará frenar este mal. Zumeta abrazará un pesimismo perturbador al señalar la patología del hemisferio y al rotular al territorio de “continente enfermo”. La lengua no les sería ajena, ni ajena estaría la lengua de estos procesos de anímico deterioro.

Otro venezolano, seguidor de Bello como todos sus predecesores, de nombre Jesús Semprum, escribirá un conjunto de valerosos artículos en las primeras décadas del siglo XX para describir la que ya considera decadencia de la lengua española. Nacido en 1882, va observando los cambios profundos que se han operado entre el español de Venezuela y Colombia (de los que dice que “son los dos pueblos de América menos azotados por la racha de corruptelas que vienen desmedrando, afeando y empobreciendo la lengua que hablamos”⁶), a su juicio dignos y modélicos, al despuntar el nuevo siglo y el que ya entiende como español deteriorado al culminar su segunda década.

⁶ Jesús Semprum. “El estudio del castellano”. En Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2006, p. 223. Prólogo: José Balza.

Para reafirmar la primera de estas posturas, escribirá su célebre *El estudio del castellano* (1906), y para la segunda de ellas, fundamentalmente “La decadencia del español” (1922) y “El idioma y la política” (1923). El cambio de manera de pensar entre uno y otro texto es más que elocuente de la rapidez y del vértigo con que avanzaba el proceso de penetración del inglés en el español coloquial de Hispanoamérica. Su pensamiento sólido y su estilo rudo harán historia. Más que purismo lingüístico, su credo se sustenta en un realismo profundo y en un panhispanismo germinador que ya anuncia nuestro presente doctrinal: “El español, que es una lengua tan viva, tan llena de matices, pretende someterlo aquí a una especie de *Standardization* mecánica que lo achica, deforma y deslustra. En substancia, existe mayor unidad lingüística en la América española que en España, porque no toda España habla castellano, mientras que toda la América nuestra habla español, y, por consiguiente, la depositaria de la lengua y de su porvenir no es España sino América”.⁷

Al comenzar el siglo XX su andadura, el pitiyanquismo de muchos americanos y la impronta bananera de muchos estadounidenses parecía hacer sólida la idea de que la batalla del español estaba perdida debido a la abrupta injerencia del inglés (aun hoy en día muchos piensan que es así debido a la cada vez mayor presencia de anglicismos en el léxico de nuestra lengua). Esta ilusoria pugna entre español e inglés, que nunca llegó a ser tal, nacía en nuestros campos agrícolas y petroleros y se domiciliaba como herida siempre abierta en las mentes y corazones de muchos de los nuestros. La lengua española ya estaba lacerada o al menos así se creía.

La creación de las primeras academias hispanoamericanas a finales del siglo XIX vendría a entenderse como uno de los hechos históricos más determinantes en la conformación de esa comunidad de intereses afines en la lengua que había vislumbrado Andrés Bello. Además de ocuparse en empresas de compilación y descripción del español americano, base histórica de gran trascendencia para el conocimiento que hoy tenemos sobre la lengua española de América, querrían estas corporaciones, entendiendo su condición de academias correspondientes de la Real Academia Española, actuar como una comunidad que crecía en su unidad gracias a su diversidad, base del

⁷ “El idioma y la política”, *ibid.*, pp. 256-257.

pensamiento teórico sobre nuestra lengua durante buena parte del siglo XX.

Asimismo, al despuntar la nueva centuria, las academias hispanoamericanas llamarían la atención sobre el crecimiento del elemento foráneo en nuestras maneras de hablar, según las nociones de intromisión lingüística que eran propias en la teoría del lenguaje por aquellos años (nada se sabía aún sobre los beneficios reportados por los intercambios lingüísticos y por el contacto entre lenguas). Así, Ricardo J. Alfaro, el fundador de la Academia Panameña de la Lengua y uno de los académicos más competentes en cuanto a la materia anglicista del español, concebiría la corporación del país del istmo, desde ese entonces y hasta mucho tiempo después influida por el país del norte, como una empresa para frenar inteligentemente la presencia de “lo extraño” lingüístico en el español de la nación centroamericana. Corría el año 1920. También, hay que decirlo, la generalidad de los lexicógrafos hispanoamericanos del diecinueve había insistido en el repudio de los extranjerismos al que conceptualizaban, no sin razón, de “barbarismos”, que equivale a la ajenidad lingüística profunda. Están allí los estudios del colombiano Rufino José Cuervo y de los venezolanos Julio Calcaño y Juan Seijas. Otro tanto haría la Academia Puertorriqueña de la Lengua, desde su fundación el año 1955, al emprender, sobre circunstancias solo diferentes en los detalles, una empresa de reapropiación lingüística similar a la vivida por la hermana corporación panameña.

La reflexión que construimos, teniendo como base una selección bien intencionada de momentos históricos no busca hoy fustigar al país del norte sobre la base de situaciones del pasado, sino entender cómo el papel de las academias fue cada vez más activo y más determinante como contención del anglicismo innecesario en los espacios de nuestra consolidación de una política sobre la unidad del idioma amparada en su diversidad; creación y no castración como se creyó mal, tanto y tantas veces. Nadie respaldaría en el presente la idea de que para fortalecer al español hay que impedir que se nutra de voces ajenas a nuestra lengua, tan vivas y bien asimiladas en el habla cotidiana, gracias a esa capacidad envidiable que tienen las lenguas de favorecerse a su modo de todo lo que el uso expone como válido.

Sema

Teniendo a la vista la compleja problemática sobre el crecimiento del español y su desarrollo expansionista, es el momento de ofrecer algunas ideas sobre la situación actual y de evaluar el impacto que los nuevos principios y actores tienen, ya en terreno propiamente estadounidense. La referencia recae en la política lingüística promovida por la Asociación de Academias de la Lengua Española, en el ámbito global, y por la Academia Norteamericana de la Lengua Española, en el particular.

Será el panhispanismo lingüístico y su doctrina y metodología la que abandere la ASALE con la confianza de que resulta el camino más probado para fomentar los mejores entendimientos sobre la diversidad de nuestra lengua y para deponer las prácticas hegemónicas que en el pasado parecían caracterizar los movimientos de unidad lingüística. De esta suerte, el panhispanismo será el concepto regulador y el policentrismo la meta tantas veces codiciada para concebir los acuerdos de paridad y para propiciar los parámetros de igualdad entre las distintas variedades del español y su descripción y estudio por parte de las academias nacionales de la lengua. Un apunte de orden histórico podría pretender vincular el actual panhispanismo, con el propósito de buscar las raíces pretéritas del concepto, con su correlato antecedente más reconocido, el panamericanismo, que ocupó los empeños de políticos, pensadores, escritores y educadores por mucho tiempo durante casi todo el siglo XX. El espíritu de igualdad y hermandad que buscaba instalar la Unión Panamericana pudo contribuir a la idea de que en materia lingüística también era viable una posibilidad que a todos representara como lo fue y es el panhispanismo, aunque la amplitud de esta última doctrina era más abarcadora, teniendo un alcance más allá de Hispanoamérica. En este contexto, la creación de una asociación entre academias de la lengua era ya una exigencia para alcanzar una práctica efectiva de una política lingüística que rompiera con los viejos patrones de purismo, exclusión y supremacía.

Así, desde que el año 1951, se creó la ASALE, las veintitrés corporaciones que la integran (la española, las 19 hispanoamericanas, la filipina, la norteamericana y la ecuatoguineana) han formado parte de esta institución que, con el concierto y aprobación de todas, ha dado entidad a una lingüística panhispanica que tenía y tiene como metas la aceptación de la pluralidad de usos y, más aún, ha puesto en marcha ambiciosos proyectos descriptivos basados en el principio de

una norma policéntrica que respeta las diferencias entre los distintos usos del español y que no busca imponer ninguno en particular.

Las políticas panhispánicas compartidas hoy por academias, universidades, centros de investigación, institutos de enseñanzas, editoriales, periódicos, estudiosos, filólogos, escritores y hablantes resultaban confirmación del vínculo de fraternidad y del patrimonio común en que se entendía la lengua española desde mucho tiempo atrás.

En relación con todo lo anteriormente dicho, podrá entenderse que, para la Asociación, el año 1973, en que fundan la Academia Norteamericana Tomás Navarro Tomás, Carlos MacHale, Eugenio Chang-Rodríguez, Gumersindo Yepes, Juan Avilés, Odón Betanzos Palacios y Jaime Santamaría, era perentoria la constitución de una corporación que se ocupara en los Estados Unidos de los problemas de convivencia del español con el inglés y de la “unidad y defensa de la lengua española”. Las particularidades del contacto venían también a ser motivo de preocupación, pues, como en el caso del “spanglish”, se pretendía dar ciudadanía de lengua a modos muy poco probados de hablar el español en territorios límite, por más interés que estos modos pudieran ofrecer.

La ANLE, en consecuencia, se crearía por voluntad de un grupo de hispanistas radicados en los Estados Unidos que, hasta donde los recursos humanos y económicos lo hicieran posible, irían produciendo o motivando estudios de análisis sobre la particular situación lingüística que allí estaba germinando. La corporación, en cuenta de la propia dispersión del español en los vastísimos territorios, convocaría las mejores voluntades para atar, si ello fuera posible, recuentos lingüísticos de cómo el español crecía y recuentos literarios de la actividad desarrollada por estudiosos de la materia hispánica y por escritores que ejercían su oficio en lengua española.

Sobre el hispanismo en los Estados Unidos y en la ANLE, debe decirse que exhibe una longeva tradición, que tuvo uno de sus momentos más álgidos durante los siglos XVIII y XIX, si pensamos en autores como en el escritor Washington Irving, los historiadores George Ticknor y William H. Prescott, la escritora Mary Peabody Mann y el poeta Henry W. Longfellow, entre muchos más. Thomas Jefferson y su emocionado amor por España, su lengua y su literatura resulta uno de los ejemplos más encantadores: “El español es de lo más importante para un americano. Nuestra conexión con España ya es importante y será cada día más. Además de esto la parte antigua de

la historia americana ha sido escrita principalmente en español”.⁸ El historiador chileno Iván Jaksic ha estudiado largamente el trayecto del hispanismo norteamericano en un libro fundamental, que titula a partir de un verso del poeta latino Horacio, *Ven conmigo a la España lejana. Los intelectuales americanos ante el mundo hispánico* (1820-1880) publicado por el Fondo de Cultura Económica, en 2007.

Los Estados Unidos están llamados a ser el país más potente en relación con nuestra lengua. Muy a pesar de todas las barreras que ya hoy existen, y de los intentos de la actual administración para bloquear desde la educación el fortalecimiento del español, nuestra lengua se abre camino y se instala como la segunda opción lingüística al norte del río Bravo. La fuerza de una lengua es tal que derriba las fronteras que desde la política quieren imponérsele para frenarla. No habrá muro que impida que al cabo de varias décadas se hable español en Estados Unidos en paridad con el inglés.

Por todo lo anterior, creo que la Academia Norteamericana de la Lengua Española es una de las academias más importantes de nuestra Asociación, no solo por la productividad investigativa y buen trato hacia el idioma, código vocacional compartido con el resto de las corporaciones hermanas de la Asociación, sino por la inmensa responsabilidad que tiene y tendrá, en consonancia con el pasmoso e imparable crecimiento del español en Norteamérica. El español en los Estados Unidos está llamado a mejores tiempos y, también, venturosamente, los está llamando.

⁸ Cita en Luis Alberto Ambroggio. *Estados Unidos hispano*. Columbia: Long Island al Día Editores, 2015, p. 60. (Colección Dorada)